

A LA BUSQUEDA DEL OCIO.

Angela LOPEZ JIMENEZ
Profesora Titular de Sociología
Universidad de Zaragoza

El tiempo ganado

La historia del hombre es la de una larga marcha. Se inicia en las neblinas de la prehistoria, primero a pasos lentos, agilizándose luego hasta adquirir velocidades que hoy nos parecen vertiginosas y que lo serán más en el futuro. Ese futuro que intentamos escrutar y preparar al mismo tiempo.

Produciendo bienes, creando servicios, ha logrado mejores condiciones de vida y por tanto ha ganado tiempo para el descanso la diversión, la educación y el desarrollo personal. Su historia, con altibajos, es la de un constante avance técnico que le ha acarreado riqueza y bienestar, que le ha proporcionado tiempos libres del trabajo destinado a ganar los recursos necesarios para su supervivencia, tiempos libres para el ocio.

Dumazedier concibe el ocio como el resultado de una elección del descanso y de las ocupaciones, exento de obligaciones primarias como lo son, el empleo retribuido, el estudio que forma parte de un programa escolar, la realización de tareas prescritas por organizaciones sociales básicas, tipo familia, comunidad, iglesia. Lo concibe así liberado de propósitos utilitarios, lucrativos e ideológicos. El que una actividad sea o no ociosa, no dependerá pues de su contenido, produzca placer o fatiga, sino de su elección voluntaria. Dependerá

más bien de la voluntad del hombre empeñado en descansar, divertirse o formarse por el mero placer de hacerlo.

Visto así el ocio requiere cierta educación para concebirlo y disfrutarlo, cierto adiestramiento para llenar los tiempos libres con descanso y entretenimiento, vividos como disfrute.

Son éstas tareas que las gentes se proponen en la sociedad contemporánea, en el convencimiento de que aceleran el tránsito de la desdicha de tener que compaginar imposiciones diversas en el cumplimiento de los deberes ordinarios con el discurrir por un tiempo vacío, hasta el goce de inventarse la libertad de ser humano.

El ocio de la modernidad

Si bien, dirá Dumazedier (1960), “ el tiempo libre es una institución tan venerable como el trabajo”, el ocio tiene ciertos rasgos que son característicos solamente de la civilización que nace con la revolución industrial”.

Las sociedades antiguas comprendían el trabajo y la diversión como parte de la actividad que se ejecutaba conjuntamente, porque su realización colectiva tenía significado esencial para la vida de la comunidad.

Trabajo, descanso, diversión, reglamentados y ritualizados colectivamente, conformaban la producción de recursos, emociones e ideas que generaban la movilización del grupo. Esta sería alimentada y ordenada por el fervor festivo de las ceremonias que reafirmaban su unidad. Los ritos mágicos y religiosos pueden en este caso ser considerados como entretenimiento, pero no como ocio libremente elegido ni por los sacerdotes, ni por los médicos, brujos o chamanes, ni por la comunidad, en cuanto que las funciones de los ritos eran esenciales para la vida de la misma. De aquí que muchas de las festividades celebradas por las autoridades religiosas diversas, para la realización del culto, fueran percibidas en las principales civilizaciones europeas como imposiciones, que no siempre eran bien recibidas por quienes debían abandonar el trabajo y con ello renunciar a sus frutos, a veces básicos para la subsistencia.

Existía por otra parte una exoneración social del trabajo de la que han disfrutado grupos sociales privilegiados: antiguos filósofos griegos, guerreros y señores medievales, alto clero y nobleza renacentista, que podían mantener su status y riqueza a costa del trabajo de esclavos, siervos, criados y pueblo llano. Su ociosidad procedía del trabajo de los otros y no se establecía en relación con el suyo propio. El cultivo de los cuerpos y de las mentes, la cultura creada a su impulso, han sido y son de gran riqueza para la civilización moderna. Aquellos ocios humanos ‘los hicieron los dioses’ dirá Virgilio. Del diálogo entre dioses y humanos brotó la sabiduría de los segundos, su exaltación de la creatividad, y su desprecio del trabajo manual como excluyente del desarrollo físico y mental a su máximo nivel.

El ocio aparece con la civilización industrial cuando se han satisfecho las necesidades individuales básicas de alimentación, sueño, higiene y cuidado de la salud individual, cuando se han cumplido los deberes de trabajar para la

subsistencia, de prepararse y formarse para obtener un empleo retribuido, de atender a la familia y a las responsabilidades cívicas, políticas, religiosas y sociales. El ocio presupone cumplimiento de todos estos deberes y legitimidad posterior en el uso del tiempo libre restante en actividades realizadas para buscar placer, entretenimiento, distracción, creación. Bajo esta óptica, no se niega el goce obtenido con el cumplimiento de obligaciones, sino que se reconoce la libre elección de actividades desligadas de la comunidad y orientadas al deleite personal.

El ocio de las sociedades industriales se imbrica así con el trabajo. Trabajo y ocio de la misma persona que ejecuta el primero en horarios establecidos y disfruta del segundo en parte del tiempo libre dejado por el primero. Para que el ocio de quienes trabajan sea posible, continua Dumazedier, deben existir dos condiciones de la vida social que sólo se encuentran en las sociedades industriales.

En primer lugar, “ que la sociedad deje de gobernar sus actividades mediante obligaciones rituales comunes” y las rija más bien por la responsabilidad sin trabas del individuo.

En segundo lugar, que el trabajo mediante el cual las gentes ganan su sustento se realice en horarios regulados artificialmente. Que pueda por ello separarse en teoría y en la práctica de su tiempo libre .

Es clara la condición segunda pero debería matizarse la primera.

No puede desligarse la sumisión del siervo al señor feudal, que por el pacto de vasallaje le une al trabajo de la tierra y de las artes de extraer de ella los medios de subsistencia a cambio de protección (Giner S. 1987b), del ceremonial religioso comunitario que refuerza las identidades de siervos y señores vinculados por una relación desigual de servidumbre y mando. Tampoco pueden separarse las liturgias colectivas de los pueblos primitivos, de las actividades comunitarias con las que se proveían de los recursos necesarios para su subsistencia. Pero no podría decirse que el trabajo y el ocio de las sociedades industriales respondan a una decisión individual de las gentes, libre de carácter ritual colectivo.

El trabajo productivo del capitalismo naciente, dignificado por la ética protestante, se sacraliza en el capitalismo avanzado convirtiéndose en *privilegio de los escogidos* entre todos los llamados a participar del bien escaso, dirá Giner (1987 a). El derecho al trabajo es parte de la mitología secular como lo es el derecho a holgar después de haber trabajado. La identificación con los elegidos que tienen trabajo y ocio, se realiza por medio de las actividades ritualizadas con las que se reafirma la pertenencia. La fiesta del Primero de Mayo y sus expresiones callejeras de defensa del trabajo y el descanso, la dinámica del espectáculo colectivo en un estadio de fútbol o en una plaza de toros, la acción rítmica corporal del individuo que conserva o recupera la agilidad juvenil con *gimnasias de mantenimiento* o trotando por las rutas preestablecidas para el *jogging* en parques y jardines, son celebraciones

sonoras o silenciosas de la pertenencia al grupo a través de liturgias colectivas o invocaciones individuales a la dicha de formar parte de la especie.

Dado que las sociedades industrializadas están estratificadas según rangos y categorías ocupacionales, los ritos de trabajo y de ocio remiten a una pertenencia también estratificada en rangos y categorías. Un trabajo sometido a la cadena como el que Charlie Chaplin exhibe en “ Los Tiempos Modernos”, un ocio sumiso, cronometrado por la compañía de turismo como el que muestra Jacques Tatti en “ Las vacaciones del señor Hulot”. Un trabajo cualificado como el que Oliver Stone reproduce en “Wall Street”, un ocio creativo como el que presenta Paul Leduc en “Frida Khalo”

Cuanto mejor se sitúan las gentes en la escala social más aspiran a crear su propio solaz, a soñar sus propios monstruos, a hacer la vida más intensa para defenderse de la muerte (lo que Octavio Paz define como el sentido de la literatura). Más se exalta la actividad creadora, la información desinteresada, el tiempo imaginario, la ficción, y más se elude el ritmo monótono de la acción encadenada.

A tales holganzas aspiraron los trabajadores, que desde las fábricas experimentaron los exhaustivos ritmos laborales a los que les sometía la producción industrial, tras la puesta en común de sus vivencias y la consideración de las experiencias, tan distintas, de sus patronos. A partir de ahí se propusieron la conquista de la dignidad obrera, que suponía el logro para sí del descanso, la diversión y el desarrollo humano que las clases privilegiadas tenían y en su caso, a reivindicarlos para todos los trabajadores, aquí sí, como justa recompensa de su trabajo.

El ocio de la sociedad industrial ha seguido, en parte, las pulsaciones del movimiento obrero, orientado a lograr la emancipación del trabajo, el cultivo de la inteligencia y la sensibilidad, la calidad de vida que deriva de una acción creativa en el tiempo de trabajo y en el tiempo de ocio, que supone disponer de medios y recursos para dignificar el uno y el otro.

A la conquista del tiempo perdido.

Si bien en un primer momento, y dadas las condiciones laborales se reivindica el descanso, a medida que las condiciones mejoran y que queda tiempo para mirar el mundo, se desea participar plenamente de su cultura. Se va a la conquista de la diversión, de la educación, del desarrollo global. No se trata simplemente de que las clases populares emulan a las altas en su deseo de una vida rica (Veblen 1971) sino de que, en su condición de trabajadores, desean participar de la totalidad de la cultura, en mayor o menor grado, vivida de distinta manera según los grupos, categorías y clases, pero arraigada en las mismas necesidades. La civilización que nace con la industria, engulle con facilidad las expresiones culturales de grupos sociales específicos y las devuelve como propuestas de participación general. Aunque sean asumidas en diferentes grados por los grupos sociales, su ejercicio colectivo concluye en un mínimo entendimiento de todos, punto de partida de otras búsquedas comunes.

Una de las críticas más fuertes a ese punto de partida en el que recalcan los disfrutes del común, es la baja calidad de su contenido cultural (Giner 1979). La industria de la cultura se nutre del consumo masivo. Para lograrlo, estandariza las ofertas y con ello uniformiza las demandas. Evidentemente es éste un ocio pobre pero al menos es un primer salto hacia la inmersión en una cultura más amplia que la del grupo primario, que la del reducido ghetto en el que se retrae el individuo inmigrado, el trabajador de oficios marginales, el parado (Touraine 1971). La posesión y utilización de objetos de consumo supone entrar en relación, en creación de símbolos de posición social, en reconocimiento de diferencias y , potencialmente, en discusión de las mismas.

El ocio apenas puede servir más que para profundizar en lo ya adquirido (Fourastié 1971), pero a partir de ello puede seguirse aprendiendo a descansar, a vivir en libertad, a desarrollar en sociedad.

La sociedad avanzada actual parece haber situado en este, si se quiere rudimentario nivel de partida, a grupos amplios de su población, que no gozan por igual de un consumo masificado pero que se distinguen claramente de los gozos logrados por sectores elitistas, por las clases altas, que siguen siendo reducidas en número y amplias en privilegios. Las sociedades menos avanzadas, presentan al igual estas diferencias, con grados sustancialmente inferiores de disfrute en unas y otras categorías, pero repartidas sus gentes, discriminadamente también, entre las mismas.

Contemplando así, incluso como a vuela pájaro, los logros humanos contemporáneos, puede extraerse una conclusión turbadora. El hombre se ha crecido a sí mismo en el desarrollo de sus poderes materiales y técnicos, en la adquisición de medios con los que explorar los tesoros ocultos de la naturaleza. Ha llegado a altas cotas de gratificación por su capacidad de diversificar su producción, de extender su distribución, de recrearse en su uso y consumo. Bajo el influjo del crecimiento exponencial de su conocimiento, ha aspirado a la infinitud de su poder creativo, al tiempo que experimentaba los desequilibrios sociales que su sabiduría no ha logrado hacer desaparecer. Tan solo ha conseguido atenuarlos.

El abismo que separa a los ricos de los pobres, a los sabios de los ignorantes, a los propietarios de los asalariados, a los activos de los inactivos, dentro de este mundo industrializado, tecnificado, computerizado, continua siendo profundo. Es ancha también la grieta que separa los países líderes de la revolución tecnológica, creadores de riqueza, bienestar y ocio desiguales, de los que, dependientes de los primeros, se debaten en lucha (desigual también) por la sobrevivencia, por la recuperación económica y ecológica, deudores de mucho más de lo que tienen para producir, consumir, pagar y guardar para seguir produciendo.

Y sin embargo el destino de ricos y pobres en un mismo país, de países ricos y pobres en el mundo, con todas las gradaciones y complejidades del reparto que hay que reconocerles, está inexorablemente unido, puesto que la

sobrealimentación de los primeros se ceba en la anemia de los segundos. O por decirlo de otra manera, el disfrute de bienes de los primeros, se apoya en el trabajo que para producirlos se realiza, con el aporte prioritario de los segundos. Y este trabajo sabemos que está afrontando transformaciones profundas, derivadas de la automatización y robotización, que incrementan la productividad y la riqueza social pero reducen la demanda de mano de obra, haciendo aparecer un desempleo estructural profundo. El Informe n° 33 del "Science Council of Canadá" anunciaba en 1982, que 25% de los trabajadores actuales perderán su empleo a finales de siglo por automación. Mientras, los países establecen objetivos industriales tendentes a lograr una mayor automatización, y algunos, como Japón, se proponen eliminar completamente el trabajo manual antes de finalizar el presente siglo. (Schaff 1987).

Si el ritmo de las innovaciones y el de su efectividad técnica va en aumento, se intensificará la presión sobre el mercado laboral para aligerar sus efectivos actuales. Irá desapareciendo la gran diferenciación entre ramas de producción y servicios cuanto a aceptación de técnicas y tecnologías nuevas, aumentarán los empleos cualificados pero a costa de los menos cualificados. El problema que se plantea es cómo mantener un ejército de personas estructuralmente desempleadas, que han perdido sus puestos de trabajo, precisamente cuando se ha entrado ya en una dinámica de buscar la emancipación del trabajo no creativo, para cultivar la sensibilidad, la inteligencia, para lograr una vida personal y social rica.

Es éste un problema que se presenta con dramatismo en los países ricos, siempre dispuestos a seguir sirviéndose de la mano de obra no cualificada de los países pobres, mientras siga siéndoles más rentable que la propia innovación tecnológica. Es éste también un problema que se presenta en los países pobres, a medida que pretenden adquirir la tecnología que les permita competir en el mercado internacional, librándose de las condiciones desventajosas de sus dependencias actuales; con el agravante de que cuentan, además, con una mano de obra numerosa, no cualificada y de imposible inserción laboral en una economía pobre, dependiente, de simple producción de materias primas, o de industria cualificada pero cuyos beneficios escapan del país, estando como están en manos de empresas dinamizadas por capitales extranjeros.

La amenaza de la pérdida de empleo y con él de las condiciones de sobrevivencia, se cierne pues sobre muchas gentes, al tiempo que, quienes trabajando creen gozar de estabilidad en el empleo, aspiran a mejorar su posición en el mercado de trabajo, y con ella en el consumo de bienes valorados socialmente como garantía de aumento de la calidad de vida.

Los trabajadores, concentrados en edificios especialmente contruídos para producir, confeccionar, gestionar, distribuir, desde estos espacios y a fuer de contactos, se han fortalecido en la defensa de sus intereses frente a los propietarios de la producción, sean éstos empresarios privados o el Estado empresario. En torno a una mesa negociadora, se han ido definiendo los

mensajes y comprendiendo los límites del entendimiento. Por su parte, han intentado ensanchar su marco de actuación en tareas creativas y decisorias, en cualificación, en promoción, en gratificación salarial. Los empresarios, y el Estado como empresario, han intentado encajar las demandas agilizando o ralentizando el proceso negociador según la evaluación de ventajas obtenidas, con el Estado a veces de intermediario, apoyando a uno de los negociadores más que al otro, según posicionamientos políticos de fondo, en confrontación de poderes e inteligencias, de autonomías y dependencias.

Los pasos perdidos de los desempleados.

Los desempleados sin embargo, no encuentran caminos para la definición de sus intereses y la búsqueda común de estrategias de defensa. Ausentes de las esferas de poder y de prestigio, no sólo no disfrutan de bienes selectivos de consumo, sino que tampoco tienen tiempos y espacios enriquecedores de la comunicación y favorecedores de la participación en esferas autocreativas.

Si entre los trabajadores con esperanza se encuentran fundamentalmente los adultos jóvenes y varones, entre los trabajadores amenazados de perder el empleo y entre los desempleados se encuentran los adultos mayores, los que no siéndolo tanto carecen de cualificación para el empleo, los muy jóvenes, las mujeres; más aún si tienen hijos.

Entran a trabajar los muy jóvenes, y las que además de jóvenes son solteras, pero unos y otras pasan desapercibidos para las organizaciones de trabajadores, para los sindicatos empeñados en representar a los trabajadores adultos, más especializados y minoritarios; aquellos que demandan más de cara a su trabajo en la empresa y de cara a las oportunidades de ocio fuera de la misma.

Parados, mujeres y jóvenes viven así dificultades específicas, tanto para definir colectivamente sus demandas, como para expresarlas públicamente ante el estado y la sociedad. Y sin embargo hacen audible su relato, desorganizado y confuso, pero del que puede extraerse un mensaje claro: el de la búsqueda de una oportunidad de participación en la producción colectiva y de gratificación personal una vez realizada. El tiempo sin trabajo o de trabajo sin cualificar, sumergido o descalificado como empleo, es tiempo sin valor. Disponer de él es más estigma que privilegio, es baldón que por ello no se hace merecedor del ocio creativo. Para entenderlo no hace falta sino referirse a algunas de las expresiones más dramáticas de estos tiempos: las de los mendigos que tienden la mano en las esquinas, de los violentos que con arma o sin ella sustraen las posesiones de los viandantes, las de quienes forman las colas de espera a las puertas de las oficinas de empleo. También en fin los tiempos más oscuros de quienes aceptan tareas sumergidas en un mercado oculto, de bajos salarios y extensos horarios, fácilmente explotados y no menos fácilmente sustituibles., entre quienes los emigrantes clandestinos cumplen los oficios menos deseados de entre los menos apetecibles.

Si el trabajo conduce al ocio y el más cualificado a un ocio diversificado, si la creatividad en el primero aumenta la originalidad del segundo, el paro por el

contrario conduce al pasotismo, (derivado de la pérdida de sentido de la cosa pública Sennett 1977) y a la patología, dos caras de una cabeza urbana convulsa entre la risa floja y el gesto de terror, muecas ambas de un trasiego callejero desasosegado e inquieto. Trasiego que podría renacer en una sociedad lúdica, dinámica y libre, no exenta de confrontaciones despertadoras de los sentidos y de sus interpretaciones originales, pero sí libre de servidumbres entorpecedoras del progreso, retardadoras del desarrollo humano, borradoras de las lacras que marcan tanto.

La relación entre el trabajo y el ocio.

Hay pistas de todo ello en las reacciones colectivas que presenciamos a nuestro alrededor o a las que nos incorporamos desde nuestro interior.

Hay señales claras de diálogos y monólogos. No son tan visibles como los que afloran en los espacios urbanos, ocupados en horarios y circunstancias regidas por el flujo del traslado de las gentes hacia sus destinos o por los horarios de atención y ofertas de trabajo, subsidios, ayudas de instituciones públicas y privadas. No son tan coherentes y organizados como las declaraciones hechas por asociaciones y organizaciones diversas. No tan evidentes a pesar de su ocultamiento como los emitidos con producción de recursos y dinamización de la economía por vías sumergidas bajo el suelo del mercado laboral.

Me refiero a los diálogos y monólogos que brotan de los sondeos de opinión, de las discusiones de grupo, de las biografías, de las historias de vidas, de la respuesta a esas preguntas y proposiciones hechas al ciudadano en su condición de persona representativa de una corriente de pensamiento, de un resumen de vivencias o de un diagnóstico de situación. Me refiero a la declaración solitaria de la pertenencia a un grupo que lo es en cuanto vive etiquetado y se agarra sumiso o rebelde a la etiqueta que lo identifica y hace reconocible a los demás ciudadanos, para apoyar en ella su aceptación o subversión más o menos activa y profunda.

Los encuestados y entrevistados de nuestra sociedad tan dada a los sondeos, los relatores de sus experiencias personales, nos confirman la profunda relación entre el trabajo y el ocio, entre la falta de trabajo y la de ocio, entre el tiempo rico y el pobre tiempo perdido en búsquedas y claudicaciones. Nos dejan ver también, al trasluz, las respuestas de una sociedad comunitaria, asociativa, urbana, a las ofertas de participación social, las búsquedas espontáneas de pertenencia, las soluciones esbozadas en el común y sus efectos, las rutas que perfilan y la dirección de las mismas. Y entre los encuestados, como informantes óptimos, están los jóvenes, espejos, muestras de laboratorio, piezas de recambio, y mucho más de nuestra sociedad real y de las venas utópicas que la atraviesan.

Escuchando con cierta calma analítica a los informantes, pueden apreciarse los usos del tiempo libre precisamente en una etapa vital en la que están empezando a utilizarse como en el grupo adulto en el que se ha moldeado

aquella, es decir, acorde con unas opciones culturales de ocupación y descanso, basadas por cierto en unas posibilidades reales de llevarlas a cabo.

Los jóvenes como los adultos emplean tiempos mínimos y estandarizados en satisfacer necesidades básicas. Sus tiempos se extienden en períodos más o menos amplios de libre disposición a medida que no pueden ocuparlos en propósitos utilitarios y lucrativos, o ideológicos.

Los primeros, son los encaminados a producir bienes y servicios para obtener a cambio recursos para su subsistencia y los orientados a prepararse y formarse para ser aceptados en el trabajo de producirlos. Los segundos, son los dirigidos a poner en marcha proyectos acordes con una cierta concepción del mundo, de la sociedad, de la vida.

Sus tiempos, más o menos extensos, de libre disposición, se invierten en ocio cuantitativa y cualitativamente distinto al hilo de su imbricación en unos u otros propósitos, al hilo de las oportunidades logradas de llevarlos a cabo.

El tiempo libre es distinto por tanto según si se tiene o no ocupación, según la posición social que se disfruta como consecuencia de la labor que se desempeña, impulsada bien es cierto, por la que los padres a su vez desempeñaron y siguen desempeñando, por las expectativas que a partir de una y otra pueden razonablemente alimentarse. Es distinto también según las ofertas éticas y culturales que la sociedad brinda, según los equipamientos sociales que facilita.

El tiempo de los jóvenes, siguiendo las pautas de la sociedad avanzada actual, queda ya dividido en tiempo semanal y de fin de semana, el primero de trabajo o cualificación utilitaria, el segundo de descanso instrumental para recuperar fuerzas y premiar el primero.

El tiempo semanal libre de obligaciones es fundamentalmente de compañía gregaria, de estar con los amigos en casas, calles y vecindarios. Es tiempo también de oír música y ver películas en televisión o vídeos, de estudiar, leer periódicos, revistas y libros de ir de bares y por este orden. Así lo refleja el informe sobre los jóvenes de Aragón de 1985 (López Jiménez 1987), se vislumbra a grandes rasgos en los nacionales que se efectúan por la misma fecha en España (dirigidos por Orizo, 1984 y por Zárraga, 1985).

El tiempo de fin de semana, libre pues del descanso y trabajo indispensables, es tiempo de discotecas, (con sus espacios y sonidos ambientados para el ensimismamiento, la iniciación en los escarceos sexuales, la reafirmación grupal hétero y homosexual), de ir al cine y al teatro, de ver espectáculos diversos, de ir de bares y de ver deporte. Pocos jóvenes lo practican, menos aún salen de excursión organizada o espontánea. Pero si hay algo que unifica a todos, cualquiera sea su posición social, es la importancia de la compañía de los demás. El placer del contacto con los contemporáneos supera en su apreciación a cualquier otro, lo que es en sí una condición humana esencial. El salir del medio habitual explorando la naturaleza, haciendo montañismo, camping, conociendo, otras ciudades con el grupo coetáneo,

culmina aquel placer. Cuanto menos dinero se tiene más tiempo se emplea en hacer lo que nada cuesta, que es, reconocerse, contarse y recontarse entre amigos su visión del mundo, discutir en conjunto las formas de afrontarlo, vivirlo y continuarlo. Sólo la falta de ocupación laboral o estudiantil parece ir agotando los diálogos, sumiendo a los desocupados en constataciones desalentadas de impotencia, en desesperanza pasiva ante el mundo o en agresiva denuncia de su cerrazón.

Sin embargo es de los contactos dialogantes con los demás, adultos, niños y coetáneos, de donde brotan, cuando lo hacen, los intentos más o menos estructurados o espontáneos de organización social, cultural, deportiva, recreativa o política.

Hablamos constantemente en España, del escaso asociacionismo de los jóvenes. Tal vez no reconocemos lo suficiente que los jóvenes asociados están ahí en la base, en el soporte de casi todas las actividades y programas que hoy se realizan desde el común, desde la sociedad civil o pueblo llano. Olvidamos por ejemplo que en una región como Aragón, desde la que se escriben estas páginas, de profunda implantación de grupos organizadores de lo festivo por pueblos y comarcas, un tercio de los jóvenes menores de veinticinco años, pertenecían en 1985 a alguna de las asociaciones tradicionales más enraizadas en la cultural popular como son las peñas o collas (1), que una quinta parte eran miembros de algún club, que un 10% se integraban en asociaciones socio-culturales o en comisiones de festejos, que un 6% se agrupaban en asociaciones religiosas, un 5% en clubs específicamente juveniles, un 2% en asociaciones de aire libre o movimientos ecológicos, en sindicatos o partidos. y comparten con ellos responsabilidades e intereses

Olvidamos que estos jóvenes pertenecen a veces a varias asociaciones y que las abandonan cuando dejan de responder a sus motivos sociales, culturales y éticos. Que allí donde los adultos les reciben. los jóvenes participan activamente y aparecen como *pasotas* allí donde no se les deja intervenir.

Es importante reconocer que en Aragón hay una provincia, Huesca, que tiene más enraizada la participación juvenil en asociaciones socio-culturales, vecinales, en comisiones de festejo, clubs deportivos y organizaciones juveniles que las demás, porque hay una vida asociativa adulta y la formación para la misma comienza, naturalmente, a edades tempranas. Es allí precisamente donde puede registrarse un índice mayor de asociacionismo en los muy jóvenes, que se inician ya en la resolución de problemas sociales, en reivindicaciones urbanísticas, ecológicas, educativas, con los adultos.

Teruel por el contrario es una provincia de la misma región, en la que los jóvenes se quejan de la imposibilidad de trabajar con responsabilidad y autoridad en asociaciones adultas, en peñas y collas, en comisiones de festejos. Es también la provincia que registra menor número de jóvenes asociados.

Y volviendo a los asociados. Es desde sus grupos desde donde se incorporan los jóvenes a la organización y dinamización de las actividades comunitarias

que pudieron seguirse a través del sondeo realizado en 1985 ya mencionado. Un 30% de los encuestados en 1985 en esta región, participaban activamente en la organización de actividades festivas, un 18% en las deportivas, un 13% en las culturales, un 7% en las religiosas, un 3% en las políticas, un 2% en la motivación y preparación de sus coetáneos para cualificarse en la agricultura de sus lugares de origen.

Allí donde la sociedad adulta educa, los jóvenes se movilizan, allí donde abandona o reprime, los jóvenes reaccionan con agresión o pasotismo.

Sucede que desde el mundo adulto se anima o deja participi par incluso en la organización de lo lúdico a quien trabaja, porque el trabajador reconocido tiene status de cumplidor de obligaciones sociales básicas: obtener remuneración para su sustento y consumir para garantizar la producción como motor del crecimiento económico del país. Los que no trabajan, jóvenes estudiantes, parados, amas de casa, jubilados, son admitidos con gradual retención y más como mano de obra que con capacidad planificadora y directiva.

Al reprimir la iniciativa se castiga con la marginación, al fomentarla, se abren caminos a la participación social más extensa, al desarrollo comunitario. No quiero entrar más en análisis de situaciones concretas, pero la capacidad de movilización de los estudiantes de enseñanzas medias en la España de 1986, en las huelgas y manifestaciones de protesta de la enseñanza, da buena muestra del potencial de acción colectiva existente entre quienes han aprendido a convivir en grupo de coetáneos desde la etapa preescolar, más si los padres, profesores y ciudadanos contribuyen a definir un malestar y a legitimar su divulgación como fue el caso.

Hacia el futuro

Resumiendo. Si la sociedad civil, el común, el pueblo llano, es capaz de ir abriendo caminos a sus gentes que les conduzcan a una confrontación dinámica y libre de sus proyectos. Si es capaz además de despertar sus sentidos y estimular interpretaciones originales del quehacer colectivo, de promover la participación no discriminante en la construcción económica, cultural, lúdica de la sociedad, podría hacerse con el apoyo de jóvenes y niños en el intento. Los tímidos avances que en esta dirección se hacen dan claras muestras de ello.

Si, como dice Giner (1987 a), "la historia, sin el esfuerzo humano, no va a deparar el regalo de ninguna utopía, con él, sí pueden aventurarse formas de vida que sobrepasen la estrechez del egoísmo cultivando quehaceres cooperativos, autogestionados, comunitarios. Con el esfuerzo humano podrán romperse, e impedir que vuelvan a tejerse, las redes de las dictaduras y de los gobiernos defensores de reducidas élites adoradoras de Mamón y usurpadoras del poder democrático. La liberación humana de los determinismos sociales de todo tipo, para razonar el mundo tomando al hombre como medida de todas las acciones, será un buen paso adelante hacia la innovación y creación de nuevas condiciones de vida físicas, morales, artísticas, hacia la invención del placer de vivir la libertad de ser humanos.

La redistribución de la riqueza es indispensable para tal propósito; lo es también la redistribución del trabajo de producción de bienes y servicios, y la garantía de su oferta a toda la sociedad. El incremento de la productividad seguirá dándose y también la riqueza social. Se llegará a una eliminación del trabajo humano manual monótono y rutinario y hay que aceptar el reto, reconduciendo hacia el ocio las tareas manuales que pueden desarrollarse como “hobbies”, y facilitando a todos la información y formación pertinentes para ejercer tareas intelectuales, artesanas y técnicas, dimensiones todas ellas del poder innovador del hombre.

Habrán así ciudadanos sabios. Más si comparten sus conocimientos, lo que exige un adiestramiento para la solidaridad desde el nacimiento, que puede ser extendido educando a los niños para conocer y para transmitir sus conocimientos en un imparable proceso de transmisión.

Si el joven educa al niño y el adulto al joven, si el que sabe transmite su conocimiento al que quiere saber, quedarán entramados los contactos, potencialmente rota la endogamia de los privilegios, desarticulada la red monopolizadora del saber. Ahí está el reciente ejemplo histórico de Nicaragua alfabetizando un país a partir de sus niños, adolescentes, jóvenes y adultos, todos ellos inmersos en el quehacer colectivo libremente asumido (Cortázar 1984), para dar una idea de cómo podría avanzarse si se hiciera coordinadamente desde todas las naciones unidas. Más aun si se toma en serio que la riqueza social revierta a toda la sociedad. Si no por igual a todos sus estratos, capas y grupos, sí desde luego de manera que todos puedan disfrutar de ella para llevar una vida digna. Ello supone afrontar nuevos principios de intercambio económico entre naciones y nuevos principios de redistribución de las rentas nacionales, modificando los derechos de propiedad que existen actualmente y los mecanismos de acceso a la misma.

Contra el destierro moral.

Ante el peligro de inanición de los viejos y nuevos pobres, por hambre física y destierro moral, instituciones tan poco sospechosas de querer abolir la propiedad privada como la Iglesia Católica apuntan tímidamente en esta dirección. La Encíclica *Laborem Exercens* por ejemplo plantea la posibilidad de infringir el derecho de propiedad y la Encíclica *Sollicitudo Rei Sociali* recomienda el desprendimiento de los tesoros de la Iglesia para socorrer a los necesitados. Adam Schaff menciona otra institución, nada sospechosa tampoco de revolucionaria: el comité especial del Santa Barbara Center, que reunido allá en 1964 con Lyndon Johnson y los líderes de los partidos republicano y demócrata para el estudio de las instituciones democráticas, elabora un memorandum “The Triple Revolution”, con propuestas de Enmienda de la Constitución de los Estados Unidos en cuanto a los derechos de propiedad, a fin de que la sociedad americana, por medio de sus instituciones jurídicas y gubernamentales, se comprometa, sin reservas, a proporcionar a cada individuo y familia, por derecho, unos ingresos suficientes para llevar una vida digna. La

cuestión que aquí se plantea es doble: de donde obtener los fondos y en concepto de qué se distribuyen a quienes no trabajan.

El primer punto parece ir perfilándose en un sistema social de economía mixta, ni de puro capitalismo ni de puro socialismo, que involucre recursos públicos y recupere para la gestión pública parte de los que han sido apropiados en privado (Schumacher 1978).

El segundo puede ir perfilándose en la utilización de estos fondos para proporcionar una renta vitalicia a los desempleados, concepto más integrador de la sociedad que el de subsidio de desempleo, en cuanto iguala a los desprovistos de trabajo con quienes ganan sueldos y salarios por realizarlo, más aun si los fondos recibidos responden a diferenciaciones ocupacionales como las de éstos (Gorz 1984).

Un sueldo social así concebido, permite acabar con la confusión entre derecho al trabajo y a un salario y, hace posible apreciar las contribuciones a la sociedad de manera más amplia que las que se hacen a la producción de bienes y servicios dentro del mercado laboral en su sentido estricto. El derecho a un sueldo social debe ir acompañado del derecho y de la posibilidad de participar económica y socialmente de forma útil, lo que supone que todo el mundo debe trabajar menos para que todos puedan trabajar algo, reconociéndose las colaboraciones de todos en su justa medida. Como por otra parte, ni el trabajo asalariado con finalidad económica, ni el sueldo social con derecho-exigencia de colaborar en la construcción de lo social, pueden ser el principal contenido de la vida, la medida de la riqueza no será ni el dinero ni el tiempo de trabajo sino el tiempo libre, productivo y creador realizado después de cumplir con el trabajo.

El Estado no puede eludir sus responsabilidades en el crecimiento económico y en la integración social, lo que le obliga a favorecer la aparición de nuevas tareas dinamizadoras de lo uno y de lo otro. Tampoco la comunidad puede delegar en el Estado la autogestión del tiempo, que variará sustancialmente según haya sido la difusión de conocimientos fundamentales que den sentido a la vida social.

El sentido de la vida está siempre ligado a la realización de actividades con profundo significado cultural en cada grupo humano, y la educación continua debe compaginar la formación para asumir nuevas ocupaciones y para adquirir mayores estímulos a la creatividad personal. Unas y otros son fundamentales para que revierta a la sociedad lo que ésta da de sí y a los individuos lo que de la sociedad esperan.

Hoy es impensable llegar a una sociedad de ocupación permanente para todos y de educación continua para esta ocupación y para el ocio, sin una organización ágil de lo colectivo. Cabría pensar que los ayuntamientos, por su cercanía a los ciudadanos, podrían asumir las funciones organizadoras del Estado, recogiendo con sensibilidad y eficacia el sentir colectivo y estando legitimados para hacer cumplir las decisiones de contribución a la producción y

gestión de lo social. Más aún si se avanza en propuestas similares a las que se vienen perfilando en Inglaterra, de representación política rotatoria entre los ciudadanos de a pié.

Los individuos, las gentes agrupadas en asociaciones espontáneas y en organizaciones informales y formales debe decidir por supuesto sus propios requisitos para esta representación, con el aporte de los conocimientos especializados de expertos y con el debate democrático de todos.

Si el trabajo manual desaparece como carga y florece como creación técnica y artesana, si la educación es continua y la ocupación permanente, existirá una comunidad culta, en la que sobresaldrán los genios, la élite de los sabios que lo será más en cuanto su creación sea singular aportación al desarrollo común y los ciudadanos educados puedan apreciarla y reconocerla como tal.

Habrá que afrontar el reto de una educación potenciadora de seres personalizados y originales, posible si se mantiene la tensión dinámica entre libertades y solidaridades, cuyo cauce de expresión sea favorecido por una economía humanista, descentralizada a escala humana, asociativa y ecológica (Robertson 1974). Afrontar este reto supone pasar de una sociedad del trabajo, con su consecuencia del paro estructural, a otra sociedad de la participación en la construcción de lo social y en la reflexión común del como hacerlo, con su consecuencia de un ocio contemplativo y activo, defensor del medio ambiente y de la paz, explorador de la naturaleza y de las sinuosidades humanas, estimulador del juego y de la diversión, descubridor osado del sentido de la vida y aventurero indagador de sus diversos caminos.

Si todos los ciudadanos participan de la cultura común se estará en camino de formación del homo universalis, empeñado en la construcción de proyectos sociales sin exclusiones, que rompa el aislamiento de los marginados y se proteja con ello de sus sufrimientos, de su inanición y su violencia. Sólo con la inclusión de todos en tareas comunes puede afrontarse la convivencia en libertad, único marco para el ocio creativo, que no puede ser sino tensión cultural de búsquedas de más y más sentidos.

Este homo universalis puede ser un homo sapiens, (como lo define Elíade), eterno explorador de significación y valor para la existencia, vocero de las grandes aventuras de la libertad y el amor. Este homo sapiens puede ser un homo sociologicus que desarrolle los cauces de transmisión de la información pertinente. 'Que garantice la participación de todos en las decisiones fundamentales para el conjunto, cerrando así las puertas a todos los vocacionales *Big Brothers*, que al hilo de la aglomeración invertebrada de las gentes en las ciudades, han implantado en ellas y a través de ellas, una oferta de homogenización cultural, bajo la ilusión de demanda cualitativa, arrasando para ello con las tradiciones populares y con los contenidos enriquecedores de toda innovación creativa, fomentando la alienación y el extrañamiento del hombre ensimismado en su mundo vacío de razón e invención, del *hombre beta* huxleyano. Este homo sociologicus puede, en uso de su imaginación generar

respuestas novedosas a los problemas económicos, sociales, culturales y políticos, en barrios, ciudades, comarcas y regiones, evitando el aislamiento de las gentes por la acción común en las instituciones comúnmente creadas.

Este homo imaginativus, puede ser un homo ludens que tras su colaboración ingeniosa con la comunidad, se recree en sí mismo, descansando, jugando, inventando, creando y contemplando. Un sugestivo camino para él es el que le conduce de la colaboración con los demás a la dedicación a sí mismo, por la autogestión del tiempo de contribución a la marcha del conjunto y del propio, optando por vincularlos a su libre arbitrio. Entendiendo que como homo studiosus se ha formado para hallar sentido a la vida propia enredada con la ajena.

En esta clave habrá que impulsar el cambio social de finales del siglo XX, que dote de significado cultural humanizante a la tecnología del XXI. Será ésta el resultado de las libres decisiones de mujeres y hombres, jóvenes y adultos, quienes viviendo parentescos en condiciones nuevas, generarán y desarrollarán movimientos sociales capaces de articular la reflexión colectiva dentro de una democracia de costumbres y de gestión política.

La historia del hombre puede bien ser la de una larga marcha hacia la fusión de todos estos hombres en uno que se crezca imparablemente, nutriéndose de su renovada conciencia moral.

Bibliografía.

- Andrés F. y otros (1984), **Juventud Española 1984**. Madrid: Fundación Santamaría.
- Dumazedier, J. (1971). Ocio y sociedad de clases. Barcelona: Ediciones de Bolsillo.
- Elfade M. (1980). La prueba del laberinto. Madrid: Ediciones Cristiandad.
- Fourastié P. (1971) "Machinisme et Bienetre" en Dumazedier y otros Ocio y Sociedad de Clases. Barcelona: Ediciones de Bolsillo.
- Friedrichs G. y Schaff A. (1982). Microelectrónica y sociedad. Madrid: Alhambra.
- Giner S. (1979). Sociedad Masa. Crítica del pensamiento conservador. península: Barcelona.
- Giner S. (1987a) Ensayos Civiles. Barcelona: Nexos.
- Giner S. (1987b). El destino de la libertad. Madrid: Espasa Calpe.
- Gorz A. (1984). Los caminos del paraíso. Barcelona: Laia
- Huxley A. The Brave New World.
- Lafargue P. (1973). El derecho a la pereza. Madrid: Fundamentos.
- López Jiménez M.A. (1987). Los jóvenes de Aragón, mil y una sendas para el futuro. Zaragoza: Diputación general de Aragón.
- Orwell G. 1984.
- Robertson, K.B. (1974). L'enrichissement du travail. Paris: L'entreprise et les hommes. Entreprise moderne.
- Schaff, A. (1985) Qué futuro nos aguarda. Barcelona: Editorial Crítica.
- Schumacher, E.F. (1975) The Small is beautiful. London: Blond. Briggs.
- Schumacher, E.F. (1978). A guide for the perplexed. London: Abacus.
- Sennet, R. (1977). El hombre público. Barcelona: Kairós.
- Toraine, A. (1971) Trabajos, ocios y sociedad" en Ocio y sociedad de clases. Barcelona: Ediciones de Bolsillo.
- Veblen, T. (1971) Teoría de la clase ociosa. México: F.C.E.
- Zárraga, J.L. (1985) Informe Juventud en España. Madrid: Ministerio de Cultura.

NOTA:

(1) Peñas o collas son asociaciones o grupos de amigos que se reúnen para realizar en común actividades festivas y que adquieren un protagonismo especial en la organización de actividades callejeras en las fiestas anuales de muchos pueblos y ciudades españoles, especialmente del norte del país. Las hay que financian y buscan apoyos económicos populares e institucionales, para la realización de actividades educativas y promotoras del empleo, dirigidas a la comunidad de la que forman parte.